

El malestar en la cultura

Sigmund Freud

Freud aborda un tema que bien puede trasladarse a nuestra época contemporánea. Hoy, como hace casi cien años, la sociedad experimenta un sentimiento de desdicha, de miseria individual, de la cual el autor culpa a “lo que se llama nuestra cultura”.¹ Aunque esté en duda la razón verdadera de dicha situación colectiva, que en las diferentes épocas ha respondido a causas diversas, puede resultar interesante retomar aquello que Freud, en sus últimas reflexiones, vislumbraba al respecto.

Fue a partir de su obra *El porvenir de una Ilusión*, que escribe en 1927, donde el padre del psicoanálisis aborda aquello que el hombre común entiende por su religión: un sistema de promesas que esclarece los enigmas del mundo y le asegura recaudo y recompensa; lo cual sólo puede representar en la figura de un padre –según el autor–.² Sin embargo, algo que no considera en este trabajo es que la fuente genuina de la religiosidad es un sentimiento de algo sin límites, “océanico”, lo cual Romain Rolland, gran amigo de Freud, prefería llamar sensación de “eternidad”.³ De esta manera, el autor reflexiona al respecto y parte de dicha idea en el abordaje del ensayo al cual nos referimos en el presente texto. Entendiéndolo desde una visión intelectual: como un sentimiento de la atadura indisoluble de la copertenencia con el todo del mundo exterior.⁴

Se puede decir que esa copertenencia se resume en la condición social de cada individuo. La perspectiva del psicoanálisis nos dice que los límites del *yo* no son fijos con respecto al mundo exterior: fragmentos de nuestra propia vida anímica –percepciones, pensamientos, sentimientos–, se atribuyen al mundo exterior siendo que se han generado dentro del *yo*; y a su vez, existe una atadura íntima de éste con el mundo circundante.⁵ De este modo, se puede entender que la condición individual se ve profundamente moldeada por el contexto cultural.

¹ Freud, Sigmund. *El malestar en la cultura*, en *Obras completas* Vol.21 (1927-31), trad. Alix Strachey y Alan Tyson. Amorrortu editores, Buenos Aires, 1976, p.85

² *Ibidem*, p.74

³ El ser-Uno con el Todo, es el contenido del pensamiento “océanico”, el cual Freud se dispone a admitir que existe en muchos seres humanos. *Ibidem*, pp.72-73

⁴ *Ibidem*, pp.65-66

⁵ *Ibidem*, pp.67-69

Este contraste, entre el *yo* –o el individuo–, y el mundo exterior –o la sociedad–, es el tema que se deconstruye para atribuir sentido al malestar en la cultura. Como primera idea se presenta que, lo que fija el fin a la vida misma es el “programa del principio de placer”, es decir la búsqueda de la felicidad propia. Aquello que se llama “felicidad” corresponde únicamente a la satisfacción repentina de necesidades retenidas, con alto grado de estasis; de este modo sólo es posible como un fenómeno episódico.⁶ Aunque lo impuesto por este principio sea irrealizable, no es posible resignar los empeños para acercarse de algún modo a su cumplimiento. Para esto se puede anteponer el contenido positivo de la meta, la ganancia de placer; o viceversa, la evitación del displacer, que corresponde a su contenido negativo.⁷

Un ejemplo de lo anterior se da en relación a las pulsiones, que de acuerdo con el autor, su satisfacción equivale a la dicha; a su vez, es causa de sufrimiento cuando el mundo exterior nos reusa su saciedad. Por lo cual, interviniendo sobre esas mociones pulsionales uno puede librarse de parte del sufrimiento.⁸ A este respecto, la religión perjudica la elección y adaptación individuales, pues impone indistintamente un camino para conseguir la dicha y protegerse del sufrimiento.⁹ Asimismo, se menciona que el progreso en la ciencia y en la técnica no promueve el cumplimiento de la añoranza de elevar la medida de satisfacción placentera que el hombre espera en la vida.¹⁰

Al adentrarse de esta manera al tema de la cultura, Freud devela aspectos significativos para entender este conflicto. La cultura designa la suma de operaciones y normas que distancian nuestra vida de la de nuestros antepasados animales; de esta manera, no hay mayor rasgo distintivo en la cultura, que la que se refleja en las tareas intelectuales, científicas y artísticas, es decir, en el papel de las ideas en la vida de los hombres –incluyendo sobretodo la presencia de sistemas religiosos y filosóficos–.¹¹ Asimismo, la sustitución del poder del individuo por el de la comunidad es el paso cultural decisivo del hombre; puesto que los miembros de ella se limitan en sus posibilidades de satisfacción, surgiendo de esta manera la justicia y la seguridad. La libertad individual no es patrimonio de la cultura, fue

⁶ Es interesante además lo que menciona el autor acerca de la felicidad: “estamos organizados de tal modo que sólo podemos gozar con intensidad el contraste, y muy poco el estado”. Incluye al respecto una cita Goethe, poeta alemán: “nada es más difícil de soportar que una sucesión de días hermosos”. *Ibidem*, p.76

⁷ *Ibidem*, p.83

⁸ *Ibidem*, p.78

⁹ Se deprime el valor de la vida y se desfigura de manera delirante la imagen del mundo real. *Ibidem*, p.84

¹⁰ *Ibidem*, pp.86-87

¹¹ *Ibidem*, pp.88-93

máxima antes de ella, ahora la justicia exige que nadie escape de las limitaciones del desarrollo cultural.¹²

La cultura se edifica, en gran medida, sobre la renuncia de lo pulsional. La vida sexual del hombre culto ha experimentado un retroceso en cuanto a su valor como fuente de sensaciones de felicidad –es decir, el cumplimiento de nuestro fin vital–.¹³ La inclinación agresiva también encarna una disposición pulsional autónoma del ser humano que puede perturbar los vínculos con el prójimo, el autor lo considera el más grande obstáculo de la cultura.¹⁴ Así, una problemática importante gira en torno a la búsqueda de un equilibrio con respecto a la “felicidad”: entre las demandas individuales y las exigencias culturales de la masa.

De esta manera, el autor llega al concepto de “conciencia moral”, proponiendo una teoría paradójica con respecto a su génesis: la conciencia moral es la consecuencia de la renuncia de lo pulsional; dicho de otro modo, la renuncia de lo pulsional (impuesta a nosotros desde afuera) crea la conciencia moral, que después ha de reclamar más y más renunciaciones. Tanto en la génesis de la conciencia moral como en la formación del *superyó*, según Freud, cooperan factores constitucionales congénitos, así como influencias del entorno real.¹⁵ La tensión entre el *superyó* que se ha vuelto severo y el *yo* que le está sometido, se define entonces como “conciencia de culpa” o “angustia social”.

Freud sitúa el sentimiento de culpa como el problema más importante del desarrollo cultural, siendo debido mostrar que el precio de su progreso debe pagarse con el déficit de dicha provocado por la elevación del mencionado sentimiento.¹⁶ Las religiones no han ignorado su importancia, pues sustentan la pretensión de redimir a la humanidad a partir de éste, el cual ellas llaman pecado.¹⁷

Volviendo a la argumentación inicial, se menciona que el desarrollo del individuo presenta dos aspiraciones contradictorias: el afán por alcanzar la dicha, que Freud llama “egoísta”, y el de reunirse con los otros en comunidad, llamado “altruista”. Ambas

¹² *Ibidem*, pp.92-93

¹³ *Ibidem*, pp.93,103

¹⁴ Freud menciona que a pesar de que la cultura imponga sacrificios, tanto a la sexualidad, como a la inclinación agresiva del ser humano –y que por ello, éste difícilmente pueda sentirse dichoso dentro de ella–, el hombre no se muestra como su enemigo. *Ibidem*, pp.109-117

¹⁵ *Ibidem*, pp.124-126

¹⁶ *Ibidem*, p.130

¹⁷ *Ibidem*, p.131

aspiraciones luchan entre sí en cada individuo; asimismo, los procesos de desarrollo de la cultura y el individual, se disputan el terreno.¹⁸ Freud lo define como una lucha entre la pulsión de vida y la pulsión de destrucción (Eros y Muerte).

El autor se refiere a la ética como un ideal plasmado por el *superyó*, a la cual le atañen los vínculos recíprocos entre los seres humanos. A ésta se le ha atribuido en otros tiempos el máximo valor cultural, pues en ella radica su desarrollo. A su vez, la inclinación constitucional de los seres humanos de agredirse unos a otros, representa su máximo obstáculo, de ahí que el mandamiento cultural más reciente del *superyó*, “Ama a tu prójimo como a ti mismo”, adquiera tanto peso.¹⁹

“Hoy los seres humanos han llevado tan adelante su dominio sobre las fuerzas de la naturaleza que con su auxilio les resultará fácil exterminarse unos a otros, hasta el último hombre”, menciona el autor en sus últimas líneas. Lo cual llama a reflexionar acerca del verdadero significado del progreso humano. Desde la perspectiva planteada en el ensayo de Sigmund Freud, podríamos pensar que la cultura en realidad no ha sido un represor de las mociones pulsionales de los individuos, sino sólo un medio para perfeccionar su eyección, haciéndolas aún más devastadoras. Pues si fuera, como se puede creer, un desequilibrio sesgado hacia el afán “altruista”, de hacer sociedad y cultura, no se vislumbrarían los efectos devastadores que el supuesto “progreso humano” ha conllevado. Aparentemente, la inclinación agresiva del hombre se ha visto potenciada por su fallida represión, prueba de ello han sido las guerras, tal como lo previó Freud; y hoy en día, lamentablemente seguimos siendo testigos de las manifestaciones de odio y de destrucción entre nosotros mismos, como países, como sociedades y como individuos.

Ciudad de México, febrero 2017.

Viviana Catalina Benítez Jiménez

Arquitecta por la Universidad Nacional Autónoma de México en 2015, estudiante de Maestría en Arquitectura en el Programa de Maestría y Doctorado en Arquitectura de la UNAM.

vicabeji@gmail.com

¹⁸ *Ibidem*, pp.135-136

¹⁹ “(...) mientras la virtud no sea recompensada ya sobre la Tierra, en vano se predicará la ética.” Opinión del autor en torno a las promesas de la religión. *Ibidem*, pp.137-138

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Freud, Sigmund. *El malestar en la cultura*, en *Obras completas* Vol.21 (1927-31) trad. Alix Strachey y Alan Tyson. Amorrortu editores, Buenos Aires, 1976, pp.65-140